

Seix Barral Biblioteca Formentor



Yasunari Kawabata

La pandilla de Asakusa





Seix Barral Biblioteca Formentor

Yasunari Kawabata

La pandilla de Asakusa

Traducción del inglés por
Mariano Dupont

Título original: *Asakusa kurenaidan*
Título de la edición en inglés: *The Scarlet Gang of Asakusa*

© Herederos de Yasunari Kawabata, 1930
© por la traducción: Mariano Dupont, 2007
© 2007 Grupo Editorial Planeta S. A. I. C.
Independencia 1668, C 1100 ABQ, Buenos Aires, Argentina
www.editorialplaneta.com.ar

© Editorial Planeta, 2014
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.seix-barral.es
www.planetadelibros.es

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: septiembre de 2014
ISBN: 978-84-322-2300-6
Depósito legal: B. 15.059-2014
Composición: Moelmo, SCP
Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro
y está calificado como **papel ecológico**

No se permite la reproducción parcial o total de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE

7	<i>Prefacio</i>
33	La chica del piano
43	El Parque Sumida
51	Cabeza Rapada Algo
59	El Insectario
67	El Acuario
77	Gato de Plata Umekō
93	El dirigible y los doce pisos
101	El gran terremoto de Kanto
113	El beso de arsénico
119	Ubamiya e Himemiya
127	La nueva canción <i>La luz de las luciérnagas</i>
133	Cemento
141	Los pájaros de la capital
151	La novia de la torre
159	El mercado de las plantas <i>hōzuki</i> y las chicas extranjeras
167	La Sociedad de la Faja Roja
173	Moho y teatros de revista
185	El Zurdo Hiko

191	El Club de las Chicas
197	Shōkyokusai Tenkatsu
205	Okin de la Orilla
211	El perro de caza alemán
221	Calles con sonidos de disparos
227	Espejos y desnudez
237	<i>Epílogo</i>
245	<i>Glosario</i>

LA CHICA DEL PIANO

1

Incluso ahora, ahora mismo, en el Tokio moderno, al igual que en los libros con ilustraciones de la antigua Edo, se dice que él —el cazador de pájaros— todavía está ahí, con sus accesorios color cobre dentro de su gastada bolsa de gamuza, la pipa colgando de los cordones de su bolsa con el cierre de ágata, y el anticuado estuche lleno de tabaco dulce de Kobuku, mezclado con algunas ramitas verdes para mantenerlo fresco, todo el conjunto colgando de la cintura, y con sus calzones blancos, sus polainas negras, los mitones de color blanco y un kimono azul que llega a la altura de la cintura. El hombre que me contó esto es un inspector de la policía, alguien poco dado a los recuerdos inútiles.

Pero yo sí lo soy. Quiero hablar del modo en que lo hacían en los días de la antigua Edo. Tomemos ese camino. Sí, debemos determinar, mi querido lector, si este camino a través del cual te voy a conducir a los lugares frecuentados por la Pandilla Escarlata es el mismo camino en el que, según se dijo, en los viejos días de los emperadores Manji y Kanbun, hombres vestidos de blanco, en ca-

ballos blancos, con espadas enfundadas en vainas blancas, sobre sus *hakama* de cuero blanco, iban de un lado a otro del mal afamado barrio de Yoshiwara mientras cantaban obscenas canciones *Komuro bushi*.

Supongamos ahora que son más de las tres de la mañana y que hasta los vagabundos están profundamente dormidos, y yo estoy aquí, caminando por los jardines del templo Sensō con Yumiko. Hojas muertas de *ginkgo* caen al suelo y oímos el cacareo de los gallos.

—Es gracioso. Son los pollos del templo sagrado de Kannon. —Después de decir esto me quedo inmóvil. Cuatro chicas bien vestidas, con las caras muy blancas, están justo enfrente de nosotros.

Yumiko se ríe.

—Siempre serás un turista. Son las muñecas Hana-yashiki.

Y se comenta que, con la primera luz del alba, el cazador de pájaros sale a buscar pajaritos con su pértiga. Pero esto es algo que un dormilón como yo no es probable que vea.

Pero últimamente está prohibido exponer muy a la vista las fotos de las chicas, incluso en el barrio de Yoshiwara. Por eso ahora ponen pequeñas fotos en cajas de cristal y uno tiene que observarlas como si fueran especímenes de mariposas.

Y (otro ejemplo) ese instrumento musical que es una mezcla de piano y máquina de escribir (todos lo conocemos como el *Taisho koto*, pero ahora algunos comerciantes emprendedores lo llaman el *Showa koto*). Así son las cosas en nuestros días. Simplemente, no hay ninguna nostalgia por la antigua Edo. Aquí, déjame desplegar ante ti, querido lector, el Mapa de Showa recién modificado y cuyo dibujo sigue la reorganización de la ciudad tras el Gran Terremoto de Kanto, ocurrido en 1923.

Mira, justo aquí, el autobús que lleva a Asakusa corre por el asfalto entre la estación Uguisudani, en Ueno, y el puente Kototoi. Caminando hacia el norte desde la parada de autobuses que se encuentra detrás del Senso, el templo de Kannon de Asakusa, Umamichi-machi queda a la derecha y Senzoku-machi a la izquierda. Sigamos un poco más y pasemos la comisaría de Kisakata, a la izquierda, y la escuela de Fuji, a la derecha. Luego, pasando el santuario de Sengen, se llega a un cruce de calles. Caminando a lo largo de la pared de piedra del santuario, pasamos frente al mercado municipal, luego el puente Kaminari, que une las orillas del canal Yoshiwara. Pero antes de llegar al puente, hay cierto callejón... Bueno, decir «cierto callejón» suena como si estuviera comenzando a escribir una novela realmente pasada de moda. Los miembros de la Pandilla Escarlata no han cometido esa clase de crímenes. Te puedo asegurar que es menos probable que se aprovechen de ti que los conductores de *rickshaws* del Parque Asakusa.

—¡Señor! ¡Eh, señor! —Un conductor de *rickshaw* te llama en el Parque Asakusa, en los alrededores del Yoshiwara: tienes el aspecto de un tipo que sabe pasárselo bien. ¿Qué tal algo diferente para variar?

Se llega a un acuerdo. El hombre del *rickshaw* enseguida se quita las botas de tela con suelas de goma, se pone sus sandalias de madera, tira su gorra dentro del *rickshaw*, para un taxi de un yen, regatea la tarifa hasta bajarla a cincuenta sen y se lleva a su cliente. Cada hombre tiene su propio territorio, secreto (nunca se lo cuenta a los demás), en el que esconde a su mujer, a la que, cuando las cosas se ponen difíciles, vende al primero que pasa. No importa si ella tiene un niño de nueve años, de cuatro, o si está embarazada de seis meses.

Pero ahora, querido lector, si por casualidad te has interesado en las etiquetas votivas de los peregrinos, seguro que has visto las que se encuentran pegadas en las paredes de los santuarios publicitando a la Compañía Escarlata. A la Pandilla Escarlata le gusta llamarse la Troupe Escarlata porque le gusta verse como un grupo de teatro que tiene la esperanza de representar algo espectacular —o que se considere espectacular— en un pequeño escenario montado en un solar. Una joven de la pandilla ya empezó en la calle Nakamise. Vende pelotas de goma mientras baila el charleston.

2

La Pandilla Escarlata usa etiquetas votivas, pero lo hace de una manera especial. No son lo suficientemente curiosos como para querer aprender que la costumbre de usar etiquetas votivas comenzó con el emperador Kazan, quien las pegaba en todos los lugares de culto que visitaba, y que las etiquetas eran incluso diseñadas por artistas *ukiyo-e* como Utagawa Toyokuni. Además, ellos no creen suficientemente en su eficacia como para ir a pegarlas en santuarios y templos por esa razón. Te daré un ejemplo. Un día, el pequeño bribón de Tokikō el Bote (su padre es un barquero en el Ōkawa, por eso lo llaman Tokikō el Bote) me dijo:

—¿Conoces la Pagoda de Cinco Pisos?

—¿La que está en el templo Sensō?

—Sí. En el tercer piso, contando desde arriba o desde abajo, en la esquina cercana a la Puerta Niō, sobresale la punta de una teja. En ella hay una cara de mono, y sus ojos son de oro. Bueno, pues quiero pegar mi etiqueta en la cara del mono.

Así que de ese modo, al amparo de la noche, los miembros de la Troupe Escarlata pegan sus etiquetas votivas en lugares realmente inapropiados. Por ejemplo, en el medio de las tres grandes lámparas de papel de la Puerta Niō del templo Sensō, o en la base laqueada de negro de la lámpara de Irifune-chō, o en los cuernos de la estatua de la vaca que hay en los jardines del santuario de Ushijima, en Mukōjima.

Y tampoco es que los miembros de la Pandilla Escarlata sean aspirantes a artistas. Es que quieren escandalizar con esos despliegues de extravagante e inesperada originalidad. Como esa vez (me lo acaban de recordar) que me pidieron que les escribiera una obra de teatro y uno de ellos hizo esta simpática petición: «No solo *choquemos* (en la jerga de Asakusa significa “darse la mano”) con Akikō. ¿No podríamos turnarnos para hacer algo más interesante con él?».

Ahora que lo pienso... Sí. Fue cuando estaba caminando a lo largo del sexto distrito con ese mismo Akikō. Una multitud se había amontonado alrededor de la laguna Calabaza. La gente se reía a carcajadas. El último sol del verano les calentaba las espaldas... Me decidí a mirar y... ¡oh, sorpresa!

Justo donde se estrecha la laguna hay una isleta, unida a las orillas por puentes con enramadas de glicinas. Ahí, cerca del arbusto que se encuentra debajo del sauce llorón, enfrente del puesto donde sirven pescado, está un hombre grandote, comiéndose las galletas de trigo que le han arrojado a la carpa de la laguna. Con el agua en los tobillos, las atrae hacia él con una pértiga de bambú de alrededor de dos metros de largo. Luego se endereza y mastica las galletas ruidosamente.

—Qué chiflado. Debería darle una parte a la carpa.

Y todos los que se encuentran a este lado de la laguna se ríen. Tras engullir con glotonería cerca de catorce o

quince galletas de la carpa, el hombre se aleja tranquilamente de la laguna, con mucha dignidad, como si su comportamiento hubiera sido de lo más normal.

Pero Akikō corre detrás de él: «¡Ken! ¡Ken!». El hombre se detiene a la altura del Insectario, y Akikō le da una moneda de diez sen. Luego, volviéndose hacia mí, dice: «Hasta hace poco era un *zubu*».

—¿Un *zubu*?

—Una especie de mendigo. Daba vueltas por ahí. No tenía casa. El otro día oí que se las había arreglado, que había logrado salir del pozo y que había conseguido un buen trabajo. Pero ahora ha vuelto a caer. Son tiempos duros.

—Entonces ¿qué? ¿No está loco?

—¿Alguien puede comerse las galletas de la carpa sin estar loco? Pero no lo sé. Quizá esté realmente loco. Hoy en día hay gente sana que come cosas de los cubos de basura a plena luz del día. De todos modos, ha vuelto. Pero tiene fama de ser tan engreído que ni siquiera los *zuke*, sus amigos vagabundos, lo ayudan. Está hambriento.

Ah, si los miembros de la Pandilla Escarlata son así... Bueno, mi querido lector, ¿por qué no me dejas simplemente llevarte hasta su guarida? ¿Recuerdas ese «cierto callejón»? No paseaba por ahí por simple capricho. Tenía mis motivos. Pero lo de encontrar a esa hermosa chica de pelo corto que tocaba el piano en el fondo de ese callejón sin salida..., eso fue pura suerte.

3

Siguiendo con ese «cierto callejón», antes de llegar a la intersección cercana al puente Kaminari sobre el Yoshi-

wara, uno gira a la izquierda por una callecita que está casi enfrente y se encuentra con un terreno baldío.

A la derecha hay un pequeño taller donde confectio-
naban sandalias de tela y corcho, y a la izquierda, un lo-
cal en que se hacen tratamientos de moxibustión. Tras
dejar atrás un cartel que dice «Se alquila», paso entre al-
bañales de cerámica y malas hierbas secas y me meto
en esa calle sin salida de casas de vecinos. A ambos lados
de la entrada de las casas, el suelo está abarrotado de bol-
sas de carbón. Todos los vecinos parecen vivir en el piso
de arriba. Camisas de hombre y ropa interior femeni-
na cuelgan a lo ancho del callejón tendidas en cañas de
bambú. Si viviera detrás de una de esas puertas, me digo,
no tendría que preocuparme porque alguien me recono-
ciera.

Al agacharme para pasar por la puerta de la lavande-
ría, miro hacia la izquierda. Casi puedo ver la punta de la
torre de observación del cuartel de bomberos Nihon Dam.
No debe de estar lejos, me digo, y luego, tras pasar delan-
te de la tercera casa desde la entrada, me detengo de gol-
pe, como si un ramo de flores rojas y brillantes me hubie-
ra golpeado.

Una joven con un vestido rojo aporrea un piano en la
entrada. El rojo brillante de su vestido se destaca contra
el negro del piano, y sus blancas piernas, desnudas de las
rodillas a los pies, son jóvenes, frescas. La entrada no es
más ancha que el largo de una sandalia de madera, y des-
de donde estoy, afuera, parece como si pudiera alcanzarla
y darle un tirón a la cinta negra que le rodea la cintura.
Esa cinta es el único adorno que lleva, pero, debido a que
el vestido no tiene mangas y es escotado, parece un traje
de fiesta. Incluso aquí, en su casa, ella va vestida como si
fuera a salir a escena. ¿Será un traje de bailarina? Tiene en

el cuello restos de talco, y lleva el cabello muy corto, como un hombre.

Justo cuando se da la vuelta y me mira con sorpresa, aparece un niña de doce o trece años. Ella también me mira con desconfianza. Así que sigo mi camino.

De la casa cuelga un cartel de madera con las palabras «Lecciones de piano» pintadas en verde.

La chica más joven le dice a la mayor:

—He oído que la compañía del Casino Folies se presenta nuevamente en el Acuario.

—¿En serio? Y las chicas actúan sin medias. Quizá pueda conseguir un trabajo en un espectáculo como ese... Ah, ¿y las bicicletas?

—Podría pedir las prestadas.

Luego las dos suben al piso de arriba.

La casa en alquiler está dos puertas más adelante, pero antes de llegar a ella... Sí, sí. Me acuerdo perfectamente de esas dos chicas. Recuerdo dónde las he visto antes.

En el Hōsendō, el taller de Bunani, el fabricante de abanicos. Una vez le compré un abanico de bailarina a mi hermanita que vive en el campo. Luego, dejando atrás ese taller y dirigiéndome hacia el gentío que abarrota la calle Nakamise, vi en la esquina una tienda que vendía instrumentos musicales. Había armónicas, mandolinas, violines, flautas occidentales, chinas, japonesas, *kotos* de madera, *kotos* portátiles (la chica que atendía el mostrador, y que tocaba esas nuevas canciones *Showa koto* que todos vosotros conocéis muy bien gracias al cine, era idéntica a la chica del callejón).

Además, ahora, a fines del otoño, ya están vendiendo a gritos los calendarios del nuevo año en las calles de Asakusa, y este año hay muchísimas mujeres vendiendo pelotas de goma. Las pelotas son todas iguales, ya que esa es

la manera de venderlas. La pelota, cosida con telas rojas y verdes, entrelazada con hilos de colores, sobresale apenas de la palma de la mano. Así que la vendedora la suspende de un hilo que se ata en el dedo medio y ofrece un espectáculo haciéndola rebotar contra su mano y golpeándola hacia arriba —y la pelota rebota, rebota, rebota— a fin de vender alguna. Muchas de ellas son chicas o mujeres jóvenes, y las pelotas se venden porque las vendedoras tienen un aspecto lastimoso.

Pero hay una chica que vende más pelotas que las demás gracias a su belleza. Una cinta roja le cae del pelo recogido, y, debajo de su falda corta y abierta, sus piernas (con medias y ligas) bailan el charlestón —cha, cha, cha, cha—, mientras silba ruidosamente a través de sus labios color carmín oscuro. Sigue el ritmo, haciendo rebotar esa pelota como si fuera una pandereta o un par de castañuelas.

Bueno, la chica del callejón era idéntica a ella.

Decidí alquilar esa casa del callejón. Después de eso, mientras caminaba a lo largo de la calle del teatro Miyato, en dirección a la parada de autobuses de Asakusa (el que se anuncia como «El teatro Miyato detrás del Parque Asakusa»), dos viejas bicicletas pasan a mi lado viniendo desde atrás. Uno de los ciclistas podría haber sido el hermano mellizo de la chica que tocaba el piano en la casa del callejón.

Paro un taxi, me meto en él y grito: «¡Siga a esas bicicletas!».